

Capítulo 23 - El Tiempo - La Última Orellen

- [Capítulo 23 - El Tiempo - La Última Orellen](#)

Capítulo 23 - El Tiempo - La Última Orellen

Tiempo

Kalen deseaba abrazar a Fanna, pero parecía que cada mujer del pueblo conspiraba en su contra.

Habían pasado siete semanas desde su nacimiento, y la casa seguía inundada cada día con damas lavando suelos, preparando comidas, dando consejos de calidad variable y levantando a la bebé en el mismo instante en que la ponían en tierra.

Kalen se alegraba de que todos reconocieran que su pequeña hermana era la bebé más hermosa del mundo, pues eso era simplemente la verdad. Pero, ¿les costaría dejarle un momento a solas con ella?

Porque la pasaban de mano en mano tanto, pobre Fanna quizás ni siquiera sabía quién era su propia madre, mucho menos su hermano mayor.

Había sido un parto difícil, y Shelba seguía principalmente en cama, aunque ya tenía suficiente ánimo para dar paseos breves por su habitación. Kalen temía que su madre muriera durante el alumbramiento. La había oído gritar antes, pero nunca con tal dolor. Aun ahora que ella se recuperaba, su corazón seguía inquieto.

Durante las últimas semanas, su atención se había dedicado por completo a su madre y Fanna. Una parte de él siempre escuchaba los pasos de Shelba para correr a la habitación de sus padres y observarla hasta estar seguro de que seguía viva. La otra parte, estaba constantemente ocupada ideando formas de apartar a su hermana de los brazos de las vecinas que las ayudaban.

Parecía que cada vez que lograba sostener a Fanna, alguien aparecía para llevársela y proponérsele alguna tarea en lugar de ella.

Sorprendido, pensaba que ya ni siquiera se inventarían tareas en ese momento. Todas sus tareas habituales las había cumplido su padre, quien, confrontado con el estrés del embarazo de su esposa y el nacimiento de su hija, había intentado realizar el trabajo de diez hombres.

Mientras llevaba una bolsa con retazos de quilting hacia un armario de almacenaje, Kalen pasó junto a una de las pequeñas ventanas de la cabaña y distinguió a su padre y a su tío a través del cristal burbujeante. Estaban reparando una sección del techo del corral de puerquitos con Lander. La reparación no era totalmente innecesaria, pero probablemente podría haber esperado unos cuantos años.

El tío Holv había evitado su habitual viaje al continente ese verano, y en su lugar había estado realizando travesías comerciales más cortas entre islas. Kalen se sintió decepcionado, pues tenía en su habitación un montón de botones y broches encantados acumulándose en polvo, pero comprendía que su tío había tomado esa decisión para no estar más de unas semanas lejos, en caso de que la familia necesitara de su ayuda. Lo mismo había hecho cuando nacieron sus propios hijos.

Recogió los retazos de quilting, buscó huevos para las mujeres en la cocina que preparaban pasteles llenos de cerdo y frutas secas, y cruzó el pueblo para conseguir una jarra de hierbas analgésicas en la casa de un vecino, en caso de que su madre necesitara algo más que los que ya tenían.

Subió las hierbas hasta la habitación de sus padres y encontró a su madre durmiendo plácidamente. Entró con cuidado, procurando no despertarla, y dejó las hierbas sobre el cofrecillo de ropas. Estaba a punto de salir discretamente cuando un pequeño crujido llamó su atención.

Kalen corrió hacia la cuna pintada de verde junto a la cama y le sonrió ampliamente al ver a su pequeña hermana. Fanna estaba despierta. Sus pequeñas manos estaban en puños, y los agitaba en dirección a Kalen.

—Hola —susurró, apoyando suavemente su mano sobre su cálida cabecita. Ella era calva, salvo por una fina capa de felpuda rubia aterciopelada. —¿No tienes sueño?

Hizo un suave arrullo, y la voluntad de Kalen se desplomó. Se inclinó en la cuna y la levantó con cuidado, sosteniendo su cabecita como su madre le había enseñado justo después de que ella naciera. La bebé era pesada en sus brazos, su vestido infantil de color rojo oscuro era suave, y olía bien.

Fanna parecía no tener ganas de llorar, pero Kalen no quería que despertara a su madre si eso cambiaba. Había escuchado a todos hablar del aire fresco y lo bien que le hacía a la salud del bebé. Y el clima hoy era agradable.

—¿Quieres salir afuera? —susurró.

Una de las diminutas manos de la bebé le golpeó el frente de su camisa. Kalen interpretó eso como un sí.

A los pocos minutos, para sorpresa de Kalen, ¡habían logrado escapar de la casa de verdad por primera vez!

Durante casi una hora, Kalen se sentó en la hierba con su pequeña hermana en su regazo, contándole sobre él mismo, el pueblo y lo que sabía del mundo más allá de él. El sol de la tarde brillaba intensamente, y la hierba era de un verde profundo salpicada de pequeñas flores azules que florecían cada verano. Había ruidos ocasionales de golpes por la obra en el tejado, el lejano grito de gaviotas y el sonido de la ropa del hogar ondeando en la brisa constante.

Kalen le indicó todo y se lo explicó en detalle. ¿Quién podía estar seguro de qué pasaba realmente por la mente de un bebé? Las palabras de Kalen hoy probablemente no cambiarían quién sería Fanna en el futuro, pero si podían, entonces debía hacer bien su trabajo explicando todo.

Cuando llegó a la ropa ondeando, suspiró. —La ropa se mueve así en las cuerdas de secar por el viento.

Sopló suavemente en las mejillas rosadas de Fanna.

—El viento es así —le dijo—. Es una sensación... no, es un movimiento en el aire. El viento es cuando el aire se mueve a tu alrededor, sea rápido o lento. A veces hace ruidos, saca las hojas de los árboles o hace que los barcos naveguen por el mar. Puede hacer muchas cosas diferentes. Pero nunca puede estar quieto. Si lo hace, ya no es viento.

Kalen pensó en decirle a su hermana que él y el viento estaban en desacuerdo en ese momento, pero por si acaso ella podía entenderlo en algún nivel, no quería asustarla con el clima.

En cambio, se puso a hacer poesía sobre una abeja que acababa de ver, deteniéndose de vez en cuando para hacer caras graciosas a Fanna.

La paz se instaló en Kalen. Deseaba poder detener el instante y mantenerlas a las dos en ese momento para siempre.

Luego respiró profundamente y de repente sintió un cosquilleo en su piel.

—¿De verdad? —dijo, mirando con frustración el cielo azul sin nubes. —¿Justo ahora? ¿Meses sin nada y eliges este minuto en particular para aparecer?

El aurora aún no llegaba. Pero venía.

Kalen se sorprendió al sentir que le molestaba su llegada en lugar de emocionarlo. Había pasado casi un año desde que Arlade Glimont y Zevnie dejaron Hemarland, y hasta hace unas semanas, había hecho todo lo posible por mejorar su magia.

Estaba muy lejos de donde necesitaba estar. Y, para su vergüenza, aún más lejos del lugar donde había imaginado que estaría cuando vio partir el barco del hechicero.

Pero había estado trabajando incansablemente durante todo ese tiempo, estudiando sus libros y aprovechando al máximo las cuatro auroras sorprendentemente débiles que habían aparecido. Y ahora que no le quedaba tiempo que perder, surgía otra oportunidad que debería aprovechar si tomaba en serio su magia.

“¿Puedes sentir eso?” susurró a la bebé en sus brazos.

Los labios de Fanna se separaron, y le infló una burbuja de saliva.

“Exactamente”, dijo Kalen. “La grieta tiene un momento tonto.”

Su madre todavía no estaba bien. Su padre trabajaba en todo lo que podía y más con intensidad alarmante. Y Fanna podría decidir que le gustaba más uno de los primos que Kalen si desaparecía durante días en este momento.

¿No sería el fin del mundo, verdad? se preguntó. Si solo esta vez, me saltara la visita a la roca.

Kalen debatió el asunto mientras llevaba a su hermana de regreso a la casa.

En la puerta, una mujer de mediana edad con falda marrón oscuro intentó arrebatarse a la bebé de los brazos y enviarlo a cortar leña, pero en esta ocasión, Kalen resistió. “¿Has visto cuánta madera ha apilado Papá allá afuera?” preguntó incrédulo. “¡Tenemos tanta que nadie en el pueblo necesitará cortarla este invierno! De todos modos, puedo llevar a mi hermana a su cuna igual de bien que cualquiera aquí.”

Seguramente estaba siendo demasiado rudo, especialmente con alguien que había pasado la mayor parte del día limpiando la casa de su familia por la bondad de su corazón. Pero en realidad... ¿se parecía Kalen a alguien que soltaba bebés sobre sus cabezas habitualmente? Por esa misma razón, ¿se parecía a alguien que supiera cómo partir leña de fuego?

Bueno, sí. Pero la última vez que se ofreció a hacerlo, su prima Caris salió y tomó el trabajo porque iba demasiado lenta. Y había hecho un mejor trabajo vestida mientras gritaba que Kalen se congelaría hasta la muerte si alguna vez se perdía en el bosque y sus estúpidos poderes wizar fallaban.

Kalen le explicó a Fanna sobre la tala de leña mientras la llevaba de regreso a su madre. Ella se retorcía en sus brazos, menos interesada en la historia. Pero sería una historia divertida cuando tuviera la edad suficiente para entenderla.

“Caris es la segunda mayor de la casa después de Lander. Y luego estoy yo. Después Veern y Terth, que son gemelos de un año. Salla sigue. Después Iless. Y tú eres la más pequeña, lo que significa que todos cuidamos de ti. Yo especialmente.”

A pesar de sí mismo, Kalen de repente se encontró haciendo las mismas cuentas que había estado haciendo desde que nació Fanna.

Ella solo tendría tres años cuando ocurriera el próximo torneo de aprendizaje. Tendría ocho si Kalen esperara hasta los diecinueve para asistir.

Tres seguía siendo un bebé. Ocho no parecía mucho mejor.

¿En qué momento el tiempo se convirtió en un recurso tan valioso? ¿Y qué se suponía que debía hacer con el suyo?

Esa noche, después de la cena, Kalen se sentó en la cama junto a su madre y su hermana y leyó en voz alta un cuento del Libro de Veila.

Veila era una diosa oscura, pero extrañamente, todavía había un templo construido en su honor en Baitown. Uno de los sacerdotes se había retirado a la aldea de Kalen hacía años, y con las escasas publicaciones, Kalen no dijo que no cuando le ofrecieron este libro.

En lugar de ser reconocida por algo particularmente maravilloso, Veila era mejor conocida por su agudo oído y su destreza con la honda. Pasaba mucho tiempo durmiendo la siesta, y cada vez que escuchaba a uno de sus devotos pedir ayuda, se despertaba para arrojar piedras a sus enemigos.

Muchas más de una banda de ladrones encontró su final cuando una de las piedras de Veila caía del cielo y le golpeaba en la cabeza.

En la historia que Kalen leyó esa noche, Veila escuchó los lamentos hambrientos de un hombre justo, y despertó de su siesta para destrozar el puesto de un vendedor de melones por el que él pasaba, con tal de que pudiera comer algo.

Kalen no tenía mucha experiencia con textos religiosos, y se preguntaba si la extraña manera de Veila de ayudar a sus seguidores era algo habitual.

Su madre se rió mientras los melones rodaban por la calle de la ciudad, una soñolienta Fanna rebotando contra su pecho. Kalen cerró el libro y lo dejó a un lado.

“Gracias por la historia, Kalen”, dijo Shelba, alcanzándole para acariciarle el cabello. “Has sido tan útil últimamente. Tu hermana tiene suerte de tener un hermano así.”

“Hoy la saqué afuera y le enseñé sobre el viento, la ropa tendida, las gaviotas y las abejas.”

“¡Todas cosas buenas!” Su madre sonrió suavemente mirando a la bebé. “Creo que también es importante saber leer. ¿Quizá le enseñes a Fanna cuando sea mayor?”

El corazón de Kalen dio un vuelco. Había intentado enseñar a sus padres a leer antes, pero no tenían mucho interés ni paciencia para ello. “¡Lo haré!” dijo de inmediato. “Puedo enseñarle. Y luego... luego...”

“¿Qué te pasa?” preguntó Shelba, frunciendo el ceño.

“Oh, no es nada. Solo pensaba que tendremos que comprarle algunos libros de cuentos. Dudo que quiera leer algo de lo que tengo.”

“Quizá podamos encontrar más historias sobre Veila”, dijo Shelba. “Y le compraremos una hamaca para que pueda protegernos a todos del mal.”

A la madre de Kalen le encantaban las historias de Veila. Shelba tenía un carácter vengativo que rivalizaba con el de la propia diosa.

“Ella puede tener una hamaca, pero yo quiero ser quien proteja,” dijo Kalen.

“Tu padre y yo los protegeremos a ambos”, dijo Shelba, revolviéndole el cabello otra vez. “Podrás cuidar la espalda de nosotros. Y Fanna puede cuidar la tuya. Así debe ser en una familia.”

El estómago de Kalen se apretó, pero le sonrió. “¿Podemos robarle a un vendedor de melones juntos también?”

Su madre se inclinó hacia él. “Solo si jurás no decírselo nunca a la tía Jayne.”

Se cruzó de brazos en señal de juramento solemne. “¿Quieres que ponga a Fanna en su cunita antes de irme?”

“No, la voy a sostener un ratito más. Solo danos un beso y ve a buscar a tu padre, y recuérdale que un hombre necesita dormir más cuando hay un bebé nuevo en casa, no menos.”

“Lo intentaré,” dijo Kalen, inclinándose para darle un beso de buenas noches. Apagó la lámpara de aceite que había estado usando para leer. “Probablemente esté afuera talando la mitad del bosque o entrenando a los cerdos para caminar en línea recta.”

Shelba volvió a reír. Estaba tan feliz estos días a pesar de estar en cama.

La risa le cortó a Kalen como un cuchillo esta vez, y le agradeció haber apagado ya la lámpara para que ella no viera su rostro. Se fue corriendo de la habitación, y en lugar de buscar a su padre, como había prometido, se dirigió directamente a la privacidad de su cuarto.

Una vez solo, Kalen cerró la puerta tras de sí y se desplomó contra ella, con las manos temblando por emociones demasiado confusas para identificarlas. La lámpara de aceite que aún ardía le permitía ver los detalles de la habitación en la luz titilante.

En el año que transcurrió desde que el Alto Hechicero Arlade y Zevnie partieron, casi todo en la aldea volvió a la normalidad. Había algunas valiosas pociones curativas escondidas en los armarios, y Fanna estaba allí ahora. Pero, en general, nada había cambiado sustancialmente.

La habitación de Kalen era la excepción.

Antes, apenas evidencias de magia la decoraban, más allá de su pequeña estantería y su círculo de calefacción. Ahora, parecía tan misteriosa que ninguno de sus primos, salvo Lander e Iless, se atrevería a entrar.

El círculo de calefacción seguía allí, pero había sido eclipsado por una disposición de hechizos en forma de estrella de ocho puntas. La figura cubría el suelo de pared a pared. Zevnie le había dicho a Kalen que era la versión más sencilla de tal disposición, apta incluso para un mago solitario. Y parecía bastante simple cuando ella dibujó las líneas precisas y las curvas elegantes en un pedazo de papel blanco de Arlade.

Pero el efecto de tanta pintura de plata arquiéndose a lo largo de la madera pálida era impactante durante el día, y por la noche, bajo la luz de la lámpara, el patrón brillaba de manera inquietante.

La cama de Kalen estaba colocada en el centro del símbolo. En teoría, la disposición atraería energía y potenciar la magia atmosférica dentro de su frontera. En la práctica, era solo un poco mejor que no tener nada en absoluto.

Se suponía que en los círculos pintados en la base de cada puntal de la estrella debía colocarse diferentes ingredientes mágicos, como plantas, cristales y otros objetos similares. La utilización de estos elementos era lo que distinguía la figura de un mero círculo de runas mágicas de un verdadero arreglo.

Zevnie le había dejado un paquete de hierbas a Kalen antes de partir, pero ya las había usado hace mucho tiempo. Y Hemarland era un lugar tan carente de plantas místicas y artefactos poderosos como cualquier otro. Kalen buscaba cada semana en la orilla, y en ocasiones encontraba algo ligeramente mágico que la marea había llevado allí: abalorios rotos, madera flotante de tierras lejanas, una concha, e incluso una vez, un cangrejo aleatorio.

Aunque confiaba en haber puesto estos objetos en sus lugares adecuados en el arreglo, no servían de mucho.

Y resultó que los cangrejos no eran los participantes más dispuestos en los trabajos mágicos...

Kalen soltó una carcajada al recordar aquello y se dejó caer sobre el suelo. Con las manos menos temblorosas ahora, recorrió con la punta de su dedo el símbolo pintado más cercano. La sensación de magia que le transmitía era un poquito más fuerte de lo habitual, gracias a la aurora que se acercaba.

Se dio vuelta sobre sí mismo y miró la pared. Allí colgaba el hermoso mapa del mundo de Megimon Orellen, con detalles impecables—tomado prestado de Nanu y nunca devuelto.

De un lado del mapa estaban Hemarland y todo lo que Kalen amaba. En el centro, el continente, donde extranjeros con su misma sangre estaban siendo perseguidos por familias de practicantes poderosos y ambiciosos. Al otro extremo del mapa, sobre la fisura, había una línea de nubes en ebullición que representaba la neblina, y dentro de esa neblina, una sola palabra: Archipiélago.

Las islas que componían el Archipiélago ni siquiera estaban dibujadas; solo la palabra flotaba en el borde del mundo. A Kalen siempre le había parecido extraño, dado el cuidado con que el cartógrafo había elaborado el resto del mapa.

El día que Zevnie se fue, Kalen tomó un trozo de tiza y dibujó un calendario en la pared. Todavía estaba allí, junto al mapa—una serie de cientos de cajas divididas en meses, con los meses separados por años, todo para señalar un solo día que había marcado con un simple símbolo que generalmente se usaba para cerrar un círculo de hechizo.

Significaba algo así como “el fin” o tal vez “completo”.

Quizá debería haber elegido algo menos ominoso. Era el primer día del próximo torneo de aprendices, aquel al que Zevnie le había asegurado que realmente debía asistir por el bien de su futuro como practicante.

Kalen recordaba haber señalado el calendario y pensar que aquel día tardaría una eternidad en llegar. Era aproximadamente cuatro años desde que Zevnie se había ido. Tres años a partir de ahora.

Pero la realidad se había ido afirmando en muchas formas desagradables últimamente.

No mucho después de que la hechicera y su aprendiz partieran, Kalen mencionó el torneo y su ubicación a su familia. Le dijeron los cuatro adultos que evidentemente no podía abandonar el hogar para estudiar magia a los catorce años. Ambos de sus padres parecían estar a punto de desmayarse solo con pensarlo.

En ese momento, Kalen pensó que era ridículo, ya que Zevnie tenía catorce y ella había estado lejos de su familia durante un año cuando la conoció. Y apenas había considerado el argumento del tío Holv en contra de que él fuera—que tomaría un año viajar hasta el Archipiélago. Y eso, asumiendo que solo enfrentaba la cantidad normal de problemas asociados con un viaje largo.

Desde esa conversación, Kalen se había dado cuenta de que incluso reservar un año completo para el viaje quizás no fuera suficiente. La delegación con la que Zevnie había viajado llegó meses antes del torneo, para que sus candidatos pudieran establecerse y prepararse.

No tenía todo el tiempo del mundo para pensarlo. No tenía tiempo en absoluto.

Fanna tendrá tres años cuando comience el torneo. Pero incluso si sale en el último minuto posible, ella solo tendrá dos cuando parta.

Suponiendo que Kalen no muera cruzando océanos y toda la anchura del continente, un contrato con un maestro más el tiempo que le llevaría regresar a casa después de que el contrato terminara significaba que su hermana muy bien podría tener su misma edad antes de volver a verla.

Serían extraños. Kalen habría crecido. Landor probablemente estaría casado.

Esos aventureros en los cuentos que viajaban por el mundo por capricho para luchar contra monstruos legendarios o perseguir chicas con cabellos como la seda estaban locos. Viajar por mar era molesto. Según lo que Kalen había oído de ellos, los viajes terrestres prolongados parecían aún peores.

Tal vez los aventureros odian la comodidad, las comidas calientes, la seguridad, sus familias y los baños semi-regulares. Pero a Kalen no.

Aunque, en realidad, me encanta la magia. Aunque ahora sea un practicante mediocre.

Y ahí estaba el verdadero problema. Kalen quería aprender magia. No quería dejar su hogar. Deseaba proteger a su familia, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. ¿Debería quedarse aquí y vivir una vida sencilla y esperar que nadie lo notara jamás? ¿Debería arriesgarse a interactuar con otros practicantes con la esperanza de volverse lo suficientemente poderoso para luchar contra enemigos que tal vez algún día encontrarían su camino hasta aquí?

No es una decisión que puedas tomar lanzando una moneda.

Miró hacia su estantería. La moneda descansaba sobre ella, junto con la ficha del cráneo de cristal, ambas cubiertas de polvo.

Cada vez más parecía una biblioteca de un hechicero poderoso.

Antes, solo unos pocos libros y pergaminos desordenados llenaban el espacio, pero ahora la estantería sostenía treinta y siete textos. Kalen poseía diecinueve libros de diferentes grosores, dieciséis pergaminos enrollados con cuidado y dos frascos de grabación. Estos últimos eran vasijas de arcilla robustas, del tamaño de su puño, selladas con una fina membrana de cuero, y cuando pasaba su magia por los runas grabados en ellas, se podía escuchar una voz grabada.

Kalen se mostró tan emocionado al sacar los frascos de la caja llena de provisiones mágicas que Lander le había traído. Normalmente, un equipo así hubiera sido demasiado costoso, pero el comerciante que se los había vendido a su primo aseguró que eran solo las prácticas de principiantes en encantar. Cada uno contenía una lección básica sobre la teoría detrás de la creación de los frascos de grabación, y sin duda se desgastarían tras unos pocos usos.

Avisado, Kalen solo los había escuchado una vez cada uno, tomando notas copiosas para memorizar las lecciones sin desperdiciar los frascos. Tras mucho estudio, pensó que podía hacer algunos propios, si tuviera una razón para ello.

Su biblioteca había crecido, pero para su tristeza, seguía siendo un desorden de conocimientos. Nada comparado con el currículo que soñaba tener, ni mucho menos con el que Zevnie le había asegurado que necesitaría para avanzar correctamente.

No era culpa de Lander. Había vendido los botones encantados por buen dinero, y había llevado el dinero junto con la carta y la lista de compras que le había entregado a una famosa librería mágica en la ciudad de Tare de Lerit.

Pero cuando el asistente de la tienda leyó la lista, el precio que cotizó por los libros fue inalcanzable.

“Solo habría podido conseguirte uno o dos, incluso añadiendo mi dinero al tuyo, y no pensé que eso fuera lo que querías”, explicó Lander.

El primo de Kalen sospechaba que los precios que le habían dado en la tienda estaban inflados y que el hombre simplemente pensaba que era demasiado tonto para notar la diferencia porque no sabía leer. Así que fue a una tienda menos conocida y se encargó de la mayor parte de las compras, cotejando algunas de las palabras en la lista de Kalen con los títulos de los libros y las etiquetas de los pergaminos. Cuando terminó, preguntó al dueño qué podía permitirse con el cambio, y de esa forma consiguió los frascos de grabación.

El resultado final fue una biblioteca aún más extraña que la que Kalen había tenido antes. Y todavía no sabía si Lander le había conseguido el libro de magia curativa con los dibujos desnudos innecesariamente detallados como una broma, o si pensaba que sería algo que Kalen podría usar

realmente.

En ese momento, le resultaba demasiado embarazoso preguntar.

Por otra parte, el primo de Kalen logró encontrar otro libro de conjuros, aunque era más delgado y los patrones más difíciles de usar que los de Brou. Y, puesto que era “una buena inversión por su tamaño”, Lander compró un enorme volumen titulado *Avances Teóricos de la Cuarta Era*, que era el trabajo de tesis de un joven historiador mágico de hace veinte años.

El estilo de escritura del autor era tedioso y disperso, pero aunque resultaba doloroso de leer, Kalen pudo extraer mucha información básica sobre magia que le faltaba. Tras varias lecturas tortuosas durante el invierno pasado, armó un pequeño cuaderno que tituló con ironía *Prácticas Mágicas Básicas de Kalen en Hemarland*.

De este ejercicio, aprendió que destinos terribles y desesperanzadores aguardaban a quienes no completaran la etapa de aprendiz antes de los doce años. No creía todo lo que decía *Avances Teóricos*, ya que había varias cosas sobre magia que el autor parecía ignorar. (Solo hizo unas pocas notas al pie sobre el archipiélago, y ni una mención había de las peculiaridades de las familias mágicas isleñas.)

Aún así, las terribles descripciones de magos que habían sido disminuidos por su pobre educación temprana le habían causado ansiedad. Durante el último año, había trabajado más arduamente que nunca, ansioso por encauzar su camino hacia algo parecido a una senda correcta.

Y aquí estoy, tumbado en el suelo. Un novato de once años sin rumbo.

Gracias a Zevnie y sus libros, Kalen now entendía cuál era la diferencia entre los primeros niveles de practicantes.

En algunos casos, la distinción era clara y práctica. Los magos se convertían en hechiceros cuando experimentaban la redendricación de sus caminos, es decir, cuando las pequeñas rutas flexibles usadas para la formación de patrones internos habían crecido lo suficiente como para ramificarse en canales aún más numerosos. Para la mayoría de los practicantes, este proceso facilitaba una clase completamente nueva de trabajo.

En otros casos, avanzar de rango era más una cuestión académica. La línea entre mago novato y mago completo podía estar muy bien definida en algunas familias o para ciertas afinidades, pero en otros casos era menos relevante y dependía en gran medida de la determinación personal del propio mago.

Pero la frontera entre novato y mago principiante era generalmente aceptada por casi todos. Y Kalen estaba completamente estancado en ella.

Tres requisitos básicos que debía cumplir.

Primero, un mago debía mapear completamente sus caminos, lo cual significaba haber memorizado cada uno de ellos.

Eso estaba bien si tu magia era normal. Pero, aunque Kalen pensaba que tenía una memoria mejor que la media, le había llevado meses. Inspirado por el uso de Zevnie de un ovillo de lana como metáfora de los caminos mágicos, cubrió una de las paredes de su habitación con clavos clavados a distintas profundidades, y luego utilizó grandes cantidades de cuerda y hilo para recrear las partes más complicadas de su mapa interno con el fin de ponerlo a prueba.

Aún tenía que revisar sus caminos en su totalidad un par de veces por semana, solo para asegurarse de no olvidar ninguna pequeña parte delicada.

El segundo requisito para ser reconocido como mago era, al menos, sencillo. Debías ser capaz de mover tu magia a través de todos tus caminos a voluntad.

Tras algo de práctica, Kalen incluso podía realizar la técnica de gyring de Zevnie en toda su estructura de maná simultáneamente, sin mencionar una sola rama. Se preguntaba si esa tarea resultaba difícil para algunas personas.

Esperaba que sí. Quería tener al menos un aspecto en el que destacara.

Kalen había logrado el mapeo. Había dominado el movimiento de su magia a través de sí mismo. Pero el paso final resultaba problemático.

Era un paso que hubiera sido sencillo si hubiera nacido en una familia de magos.

Bueno, si hubiera nacido en una que no creara hijos al azar y luego los arrojara al océano, se corrigió a sí mismo.

Solo necesitaba establecer su afinidad y realizar algunos trabajos básicos ajustados a esa afinidad. Eso era todo.

Los hechizos que coincidían fuertemente con tu afinidad fortalecían naturalmente tu magia, resolvían varias peculiaridades y ayudaban a comprender más rápidamente, especialmente en las primeras veces que los realizabas.

Los primeros conjuros alineados correctamente de un novato eran como la primera leche para los bebés. Creaban la base para todo lo que venía después, y si no lograbas esa base lo suficientemente pronto, aparentemente no tenías esperanza de llegar al nivel de mago y más allá.

En la estantería de Kalen, escondido entre las páginas de "Cantrip of the Sorcerer Brou", había una nota en la letra rizada de Zevnie. La había leído tantas veces que el papel comenzaba a rasgarse en los pliegues, y podía recitarla de memoria.

Al levantar la vista hacia el mapa nuevamente, repasaba mentalmente cada detalle.

Kalen,

Recuerda que aprender a identificar tu afinidad es lo primero que debes hacer durante la próxima aurora. Todo lo demás derivará de eso. No sé a dónde me llevarán mis viajes con el Maestro

Arlade, así que envía una carta a mi hermana Vardnie en Makeeran cuando tengas una respuesta. Le explicaré la situación en una carta propia, y ella podrá enviarme noticias más fácilmente que tú.

Te ayudaremos a conseguir los materiales necesarios para estudiar tu afinidad en el nivel de mago menor.

Completar tu libro de conjuros debería ofrecerte una respuesta. Si (y solo si!) no la proporciona, lo que ahora copio a continuación es un método para realizar lanzamientos a través de tu núcleo. Recuerda que no es un hechizo destinado para su uso propio. Los efectos serán sutiles. Debes prestar mucha atención. Si tu afinidad no se revela claramente, anota en detalle los resultados que observes e inclúyelos en tu carta a Vardnie.

Como último recurso, si ella te da su permiso, puede consultar a mi abuela en busca de ayuda.

El método es sencillo...

El método pudo haber sido simple. Pero después de tantos meses de intentarlo, Kalen aún no tenía sus respuestas.

Impulsado por la obstinación y mucho té muy fuerte, logró completar cuarenta y seis de los cuarenta y siete conjuros del libro de Brou. Como había pensado, cada conjuro representaba una esfera distinta de influencia mágica, y Zevnie estuvo de acuerdo con él en que revisarlos todos era un buen modo de encontrar su afinidad.

No existía un consenso firme sobre cuántos tipos de magia hay, pero Brou había cubierto casi todos los comunes y algunos esotéricos también. Si uno de estos coincidía con su afinidad, habría desencadenado algo en Kalen. Zevnie le aseguró que la sensación de lanzar un hechizo que se alineaba con tu naturaleza era inconfundible, y no tendría confusión alguna cuando lo hallara.

Desafortunadamente, no existía un conjuro para magia espacial. La gente no experimentaba con magia espacial a menos que tuvieran suficiente talento para ello, incluso a nivel de high sorcerer. Y ahora que Kalen conocía los Orellen, nunca le pediría a Lander que intentara encontrar un libro sobre el tema. No quería poner un objetivo en su propia espalda.

Además, para la enorme frustración de Kalen, el único conjuro que aún no lograba realizar era el de magia de viento, aquel que pensaba que podría tener cierto potencial. Era una fuente de irritación constante.

Lloró casi en silencio en varias ocasiones, acostado en su cama durante noches interminables, completamente agotado de magia a pesar de su array, explorando sus caminos hasta conseguir finalmente formar el patrón adecuado para el conjuro. Era lo más difícil que había enfrentado. Lo consiguió cuatro meses después de que Zevnie se fuera.

Y cuando llegó la aurora y salió a la roca para probarlo, no funcionó.

Hizo todo correctamente y aun así no funcionó en absoluto. Todos los demás conjuros del libro funcionaron, excepto el que Kalen deseaba. Si Brou hubiera aparecido ante él en ese momento,

Kalen lo habría pateado en las partes bajas.

Lo cual no habría sido justo, ya que también el método “sencillo” de Zevnie para lanzamientos nucleares no tuvo efecto.

El núcleo del practicante era un punto de intersección para todos sus caminos. Según los Avances Teóricos, se forma en el momento del nacimiento y se modela en la primera infancia por las magias atmosféricas a las que estuvo expuesto. Tu núcleo o creaba tu afinidad, o adquiría cierta forma debido a ella; existe debate académico al respecto.

Fue un poco una conjetura, pero Kalen tenía dos lugares en los que pensaba que podría estar su núcleo. Todo lo que tenía que hacer, según la carta de Zevnie, era concentrar cada ápice de magia que pudiera reunir en esos puntos y luego impulsarla hacia afuera.

Algo sucedería cuando lo hiciera, decía ella. No sería un hechizo real, sino una especie de oscilación mágica no dirigida que podía interpretarse para descubrir tu afinidad. Era una versión en menor escala de lo que las familias de practicantes hacían para poner a prueba a sus hijos.

Luego de canalizar mediante su núcleo, Kalen debía estar atento a pequeños cambios en el entorno—una brizna de hierba que crecía demasiado, una mariposa posándose en su frente o una chispa de electricidad estática que le hacía hormiguitar los dedos.

Pero nada sucedía. No podía escribir ni una sola observación porque no había nada que observar. En uno de sus posibles núcleos, la concentración parecía que funcionaba al principio. Reunía la magia y la impulsaba, y luego... era como si simplemente desapareciera en la nada.

En el otro núcleo—que le recordaba el patrón para el hechizo del viento—Kalen no lograba completar la emisión. Cuanto más intentaba, más la magia en su interior se bloqueaba y se negaba a moverse.

Quizá no sea necesario preocuparme por lo que haré en un par de años, pensó, contemplando las nieblas ilustradas que cubrían el Archipiélago. Dudo que tenga mucho sentido viajar por el mundo si ni siquiera puedo llegar a ser magoate básico.

Pero no podía seguir así. Ya fuera que intentara esconderse del mundo de practicantes o que lo buscara deliberadamente, no podía permitirse ser débil si alguna vez lo encontraban a él.

Tenía que acudir a la roca. Tenía que hacer que el hechizo del viento, la canalización nuclear o alguna otra cosa funcionara.

Y hasta que lograra eso, no tendría sentido angustiarse por el futuro.